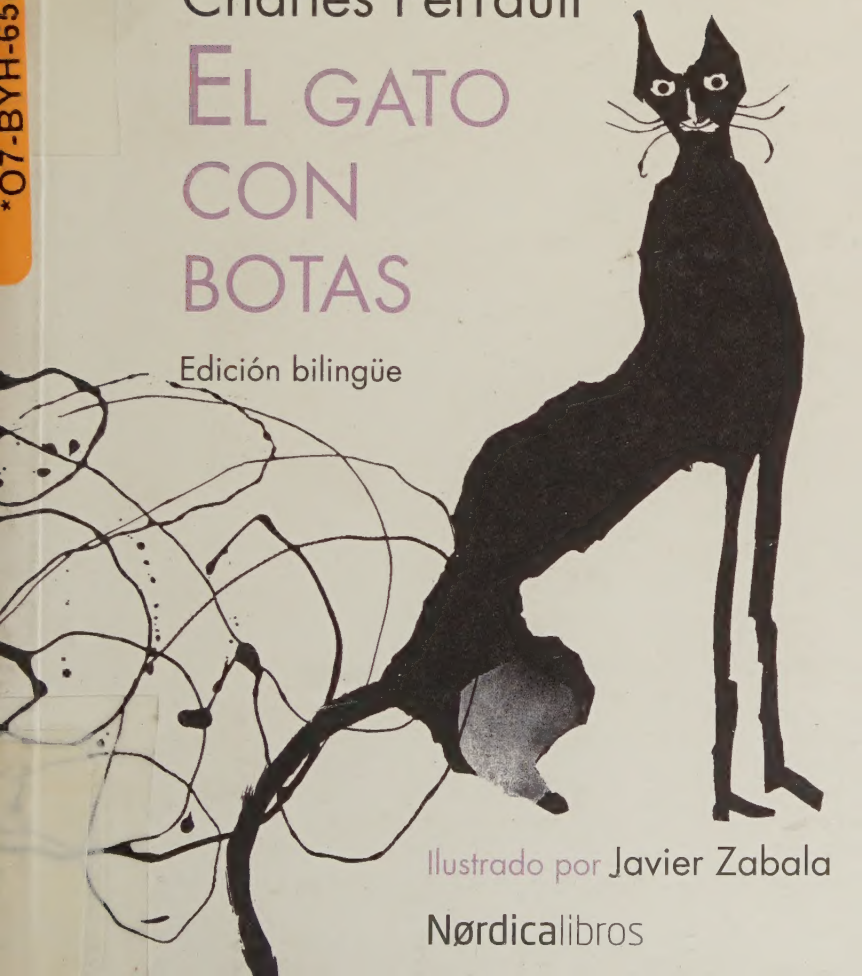
07-BYH-658

Charles Perrault

El gato con botas

Edición bilingüe



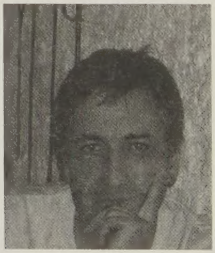
Ilustrado por Javier Zabala

Nórdicalibros

CHARLES PERRAULT

(París, 1628 - 1703)

Es conocido ante todo por sus cuentos, que recuperó de la tradición oral, entre los que figuran: *Cenicienta, La bella durmiente, Caperucita Roja, Riquete el del copete, El gato con botas* o *Pulgarcito*, que fueron recopilados en *Cuentos de mamá Oca*. Sus historias infantiles perduran a través de los siglos. Llegó a ser miembro de la Academia Francesa.



JAVIER ZABALA

(León, 1962)

Estudió Diseño Gráfico e Ilustración en la Escuela de Arte de Oviedo. Ha ilustrado más de 60 libros para las más importantes editoriales españolas y extranjeras. Recibió el Premio Nacional de Ilustración en 2005.

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/elgatoconbotas0000char_e3j4

Discarded from
Garfield County Public
Library System

Garfield County Libraries
Carbondale Branch Library
320 Sopris Avenue
Carbondale, CO 81623
(970) 963-2889 • Fax (970) 963-8573
www.GCPLD.org

Charles Perrault

El gato con botas

Charles Perrault

El gato con botas

Edición bilingüe

Ilustraciones de
Javier Zabala

Traducción de
Íñigo Jáuregui

Nørdicalibros
2011

Título original: [illegible]

© De las ilustraciones: Javier Zabala
© De la traducción: Íñigo Jáuregui
© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid
Tlf: (+34) 915 092 535
info@nordicalibros.com
Primera edición: noviembre de 2011
ISBN: 978-84-92683-67-3
BIC: FX
Depósito Legal: NA-3211-2011
Impreso en España / *Printed in Spain*
Gráficas Lizarra
Ctra. de Tafalla, Km. 1
VILLATUERTA (Navarra)

Diseño de colección
y maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

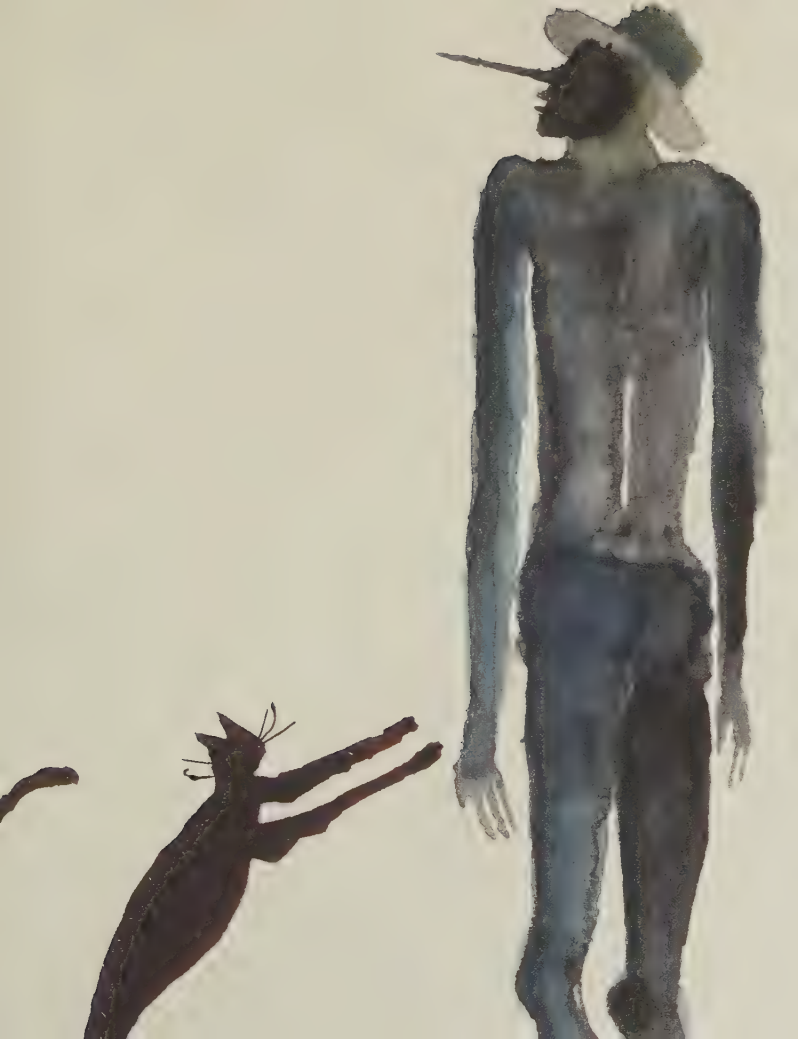
Un molinero dejó por toda herencia a sus tres hijos su molino, su asno y su gato. El reparto se hizo enseguida; no se llamó ni al notario ni al procurador, pues se habrían engullido todo el humilde patrimonio. El hijo mayor se quedó con el molino, el mediano con el asno y el menor solo con el gato. Este último no podía consolarse por haber recibido tan pobre herencia: «Mis hermanos», decía, «podrán ganarse la vida honradamente trabajando juntos; pero yo, cuando me haya comido al gato y me haya hecho un manguito con su piel, tendré que morirme de hambre».

El gato, que fingió no haber oído estas palabras, le dijo con tono serio y pausado:

—No os aflijáis, mi amo, no tenéis más que darme un saco y encargarme un par de botas para andar por la espesura, y veréis que no habéis recibido tan mala herencia como pensáis.

Aunque a su amo le costaba creerle, le había visto hacer tantos sutiles ardides para atrapar ratas y ratones, como cuando se colgaba de los pies o se escondía en la harina para hacerse el muerto, que no desesperó de ser socorrido en su miseria.

Cuando el gato tuvo lo que había pedido, se calzó las botas briosamente y, echándose el saco al hombro, cogió los cordones



con las patas delanteras y se adentró en un coto donde había gran cantidad de conejos. Puso salvado y algunas hierbas en el saco y, tumbándose como si estuviera muerto, esperó que algún conejillo poco versado en las trampas de este mundo se metiera en el saco para comer el cebo que había puesto. Apenas se había tumbado cuando vio cumplido su deseo. Un conejo joven y atolondrado entró en el saco, y maese gato, tirando rápidamente de los cordones, lo atrapó y lo mató sin misericordia.

Orgulloso de su proeza, marchó a ver al rey y le pidió audiencia. Le hicieron subir a los aposentos de su majestad donde, nada más entrar, hizo una gran reverencia al rey, y le dijo:

—Aquí os traigo, señor, un conejo de monte que el Marqués de Carabás (tal era el nombre que se le antojó dar a su amo) me ha encargado que os presente de su parte.

—Di a tu amo —respondió el rey— que se lo agradezco, y que me complace.

En otra ocasión fue a esconderse en un trigal, con el saco siempre abierto; y cuando dos perdices entraron en él, tiró de los cordones y las capturó. Luego se presentó ante el rey, como había hecho con el conejo de monte. De nuevo el rey aceptó complacido las dos perdices, y ordenó que le diesen de beber. El gato continuó así durante dos o tres meses, llevando de vez en cuando al rey piezas cobradas, según decía, por su amo.

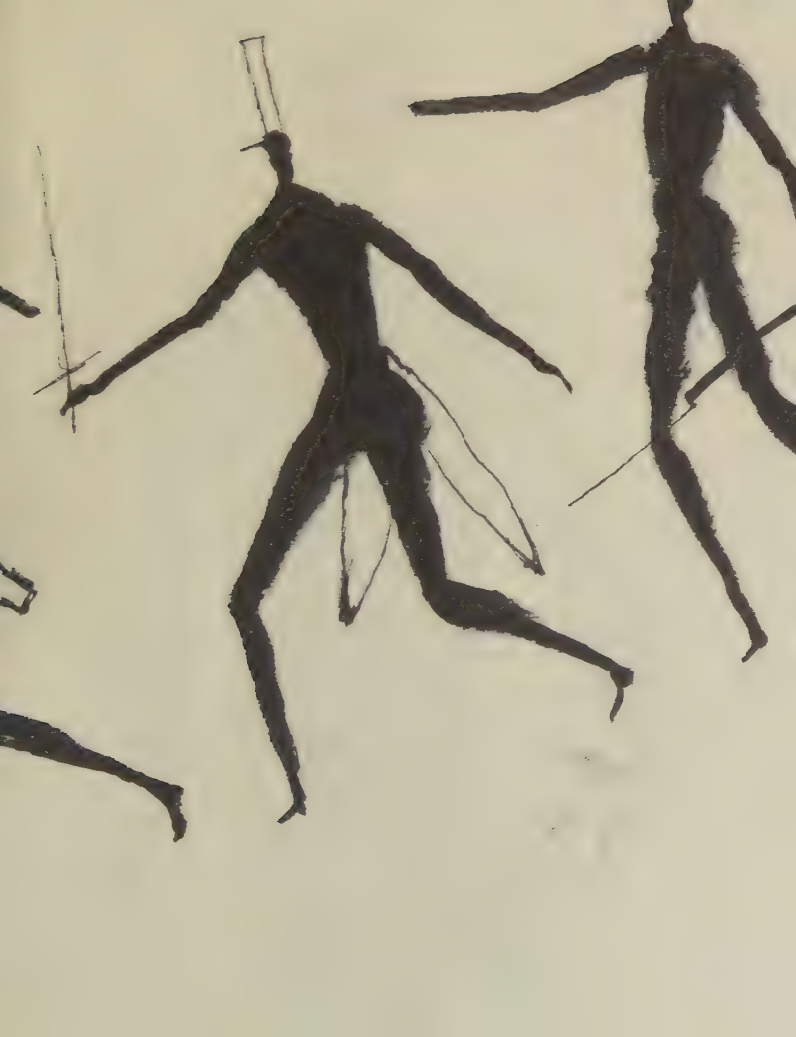
Cierto día se enteró de que el rey saldría a pasear por la orilla del río con su hija, la princesa más bella del mundo, y le dijo a su amo:

—Si tenéis a bien seguir mi consejo, vuestra suerte está asegurada; solo debéis bañaros en el río en el lugar que yo os señale, y luego dejarme hacer.

El Marqués de Carabás hizo lo que su gato le aconsejaba, sin saber de qué le serviría. Mientras se bañaba, pasó el rey, y el gato se puso a gritar con todas sus fuerzas: «¡Socorro! ¡Socorro! ¡El señor Marqués de Carabás se ahoga!».

Al escuchar este grito, el rey sacó la cabeza por la portezuela y, reconociendo al gato que le había llevado caza tantas veces, ordenó

a sus guardias que socorrieran presto al señor Marqués de Carabás. Mientras sacaban del río al pobre marqués, el gato se acercó a la carroza y le dijo al rey que, mientras su amo se bañaba, habían venido unos ladrones que se habían llevado sus ropas, pese a que él había gritado «¡Al ladrón!» con todas sus fuerzas; y es que el muy bribón las había escondido debajo de una enorme piedra.



El rey ordenó al instante a los encargados de su guardarropa que fueran a buscar uno de los trajes más hermosos para el Marqués de Carabás. El rey le prodigó mil atenciones, y como los hermosos ropajes que acababa de darle realzaban su gentil figura (pues era apuesto y bien proporcionado), la hija del rey lo encontró muy de su agrado, y bastó que el Marqués de Carabás le lanzase dos o tres miradas muy respetuosas, y un poco tiernas, para que ella se enamorase locamente de él.

El rey quiso que subiera a su carroza y que los acompañara en el paseo. El gato, feliz de ver que su plan comenzaba a funcionar, tomó la delantera y, al encontrarse con unos campesinos que segaban un prado, les dijo:

—Buenas gentes que segáis, si no decís al rey que el prado que segáis pertenece al señor Marqués de Carabás, os haré picadillo como carne de pastel.

El rey no dejó de preguntar a los segadores de quién era el prado que estaban segando. «Es del señor Marqués de Carabás», dijeron todos a una, pues la amenaza del gato los había asustado.

—Ahí tenéis un buen patrimonio —dijo el rey al Marqués de Carabás.

—Ya lo veis, señor —respondió el marqués—. Es un prado que no deja de producir en abundancia todos los años.

Maese gato, que siempre iba por delante de la carroza, se encontró con unos cosechadores, y les dijo:

—Buenas gentes que cosecháis, si no decís que todo este trigo es del señor Marqués de Carabás, os haré picadillo como carne de pastel.

El rey, que pasó poco después, quiso saber a quién pertenecía todo el trigo que veía. «Es del señor Marqués de Carabás», respondieron los cosechadores, y el rey volvió a alegrarse con el marqués.

El gato, que iba por delante de la carroza, siempre decía lo mismo a todos cuantos se encontraba, y el rey estaba maravillado de las riquezas del señor Marqués de Carabás. Maese gato llegó finalmente a un hermoso castillo cuyo amo era un ogro, el más rico

que jamás se viera, pues todas las tierras por donde había pasado el rey estaban bajo el dominio de este castillo. El gato, que tomó la precaución de informarse de quién era este ogro y qué sabía hacer, pidió hablar con él, diciendo que no había querido pasar tan cerca de su castillo sin tener el honor de hacerle la reverencia. El ogro lo recibió todo lo cortésmente que puede recibir un ogro, y lo invitó a descansar.

—Me han asegurado —dijo el gato— que tenéis el don de convertiros en cualquier clase de animal, que podéis, por ejemplo, transformaros en león o en elefante.

—Es cierto —respondió el ogro con brusquedad— y, para mostrároslo, vais a ver cómo me convierto en león.

El gato se asustó tanto al ver a un león delante de él que en un abrir y cerrar de ojos trepó por los canalones, no sin esfuerzo y peligro, pues sus botas de nada servían para andar por las tejas. Pasado un rato, el gato, al ver que el ogro había recuperado su forma primitiva, bajó y admitió que había pasado mucho miedo.

—También me han asegurado —dijo el gato—, aunque no sé si creerlo, que también

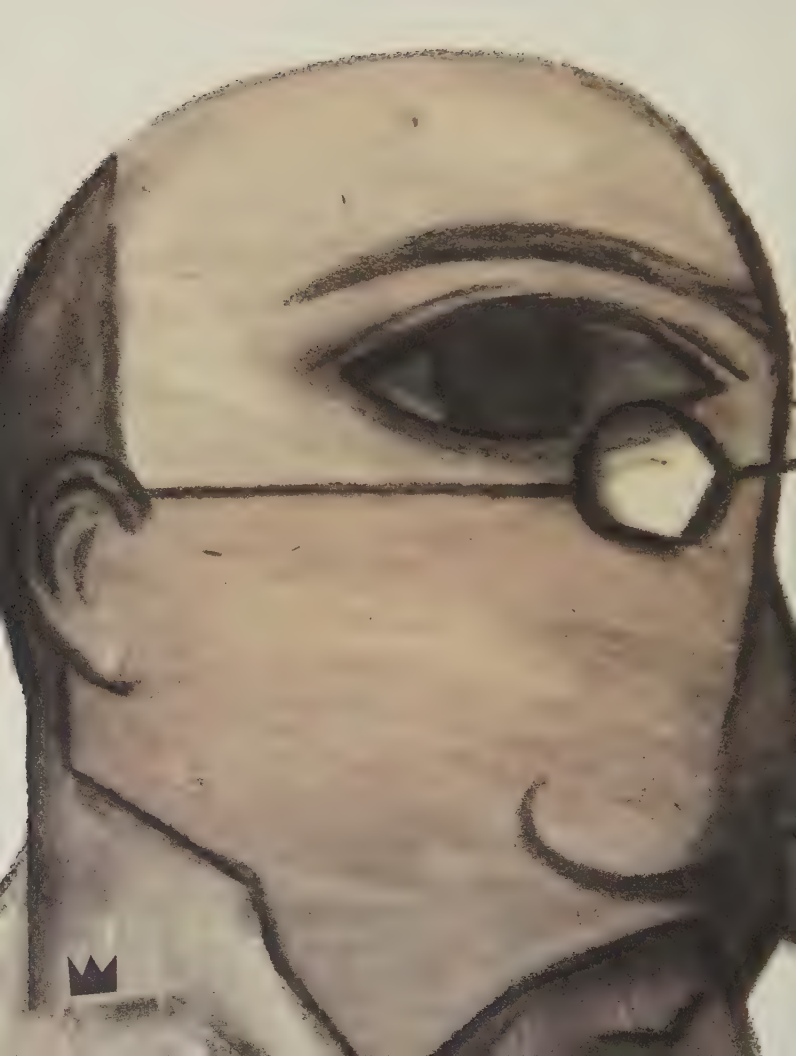
tenéis el don de adoptar la forma de los animales más pequeños, de convertiros en rata o en ratón; os confieso que esto me parece de todo punto imposible.

—¿Imposible? —repitió el ogro—. Ya veréis.

Y al instante se convirtió en un ratón que se puso a correr sobre el suelo. Nada más verlo el gato se lanzó sobre él y se lo comió.

Entretanto el rey, que al pasar vio el hermoso castillo del ogro, quiso entrar. El gato, que oyó el ruido de la carroza al cruzar el puente levadizo, corrió a la puerta y dijo:

—Vuestra Majestad sea bienvenida al castillo del señor Marqués de Carabás.



—¡Cómo, señor Marqués! —exclamó el rey—. ¿Este castillo también os pertenece? No hay nada más hermoso que este patio y todos los edificios que lo rodean. Veamos el interior, os lo ruego.

El marqués ofreció la mano a la joven princesa y, siguiendo al rey que subía el primero, entraron en una gran sala donde encontraron un magnífico refrigerio que el ogro había preparado para sus amigos que vendrían a verlo ese mismo día, pero que no se habían atrevido a entrar, al enterarse de que el rey estaba dentro. El rey, encantado con las buenas cualidades del Marqués de Carabás, al igual que su hija, que estaba prendada de él, y viendo los ricos bienes que poseía, le dijo, tras haber bebido cinco o seis copas:

—De vos dependerá únicamente, señor marqués, que seáis mi yerno.

El marqués, haciendo grandes reverencias, aceptó el honor que le hacía el rey; y ese mismo día se casó con la princesa. El gato se convirtió en un gran señor, y ya no corrió tras los ratones más que por diversión.

Charles Perrault

Le Maître chat ou le Chat botté

Un meunier ne laissa pour tous biens, à trois enfants qu'il avait, que son moulin, son âne et son chat. Les partages furent bientôt faits: ni le notaire, ni le procureur n'y furent point appelés. Ils auraient eu bientôt mangé tout le pauvre patrimoine. L'aîné eut le moulin, le second eut l'âne, et le plus jeune n'eut que le chat. Ce dernier ne pouvait se consoler d'avoir un si pauvre lot:

«Mes frères, disait-il, pourront gagner leur vie honnêtement en se mettant ensem-

ble; pour moi, lorsque j'aurai mangé mon chat, et que je me serai fait un manchon de sa peau, il faudra que je meure de faim».

Le Chat, qui entendait ce discours, mais qui n'en fit pas semblant, lui dit d'un air posé et sérieux:

«Ne vous affligez point, mon maître, vous n'avez qu'à me donner un sac et me faire faire une paire de bottes pour aller dans les broussailles, et vous verrez que vous n'êtes pas si mal partagé que vous croyez».

Quoique le maître du Chat ne fît pas grand fond là-dessus, il lui avait vu faire tant de tours de souplesse pour prendre des rats et des souris, comme quand il se pendait par les pieds, ou qu'il se cachait dans la farine pour faire le mort, qu'il ne désespéra pas d'en être secouru dans la misère.

Lorsque le Chat eut ce qu'il avait demandé, il se botta bravement, et, mettant son sac à son cou, il en prit les cordons avec ses deux pattes de devant, et s'en alla dans une garenne où il y avait grand nombre de lapins. Il mit du son et des laiterons dans son sac, et s'étendant comme s'il eût été mort, attendit que quelque jeune lapin, peu instruit encore des ruses de ce monde, vînt se fourrer dans son sac pour manger ce qu'il y avait mis. A peine fut-il couché, qu'il eut contentement: un jeune étourdi de lapin entra dans son sac, et le maître Chat, tirant aussitôt les cordons, le prit et le tua sans miséricorde.

Tout glorieux de sa proie, il s'en alla chez le roi et demanda à lui parler. On le fit monter à l'appartement de Sa Majesté, où étant entré, il fit une grande révérence au roi, et lui dit:

«Voilà, sire, un lapin de garenne que monsieur le marquis de Carabas (c'était le nom qu'il lui prit en gré de donner à son maître) m'a chargé de vous présenter de sa part.

—Dis à ton maître, répondit le roi, que je le remercie et qu'il me fait plaisir».

Une autre fois, il alla se cacher dans un blé, tenant toujours son sac ouvert, et lorsque deux perdrix y furent entrées, il tira les cordons et les prit toutes deux. Il alla ensuite les présenter au roi, comme il avait fait du lapin de garenne. Le roi reçut encore avec plaisir les deux perdrix, et lui fit donner boire.

Le Chat continua ainsi, pendant deux ou trois mois, à porter de temps en temps au roi du gibier de la chasse de son maître. Un jour qu'il sut que le roi devait aller à la promenade, sur le bord de la rivière, avec sa fille, la plus belle princesse du monde, il dit à son maître:

«Si vous voulez suivre mon conseil, votre fortune est faite: vous n'avez qu'à vous baigner dans la rivière, à l'endroit que je vous montrerai, et ensuite me laisser faire».

Le marquis de Carabas fit ce que son chat lui conseillait, sans savoir à quoi cela serait bon. Dans le temps qu'il se baignait, le roi vint à passer, et le Chat se mit à crier de toute ses forces:

«Au secours! Au secours! voilà monsieur le marquis de Carabas qui se noie!».

A ce cri, le roi mit la tête à la portière, et, reconnaissant le Chat qui lui avait apporté tant de fois du gibier, il ordonna à ses gardes qu'on allât vite au secours de monsieur le marquis de Carabas.

Pendant qu'on retirait le pauvre marquis de la rivière, le Chat s'approcha du carrosse et dit au roi, que dans le temps que son maître se baignait, il était venu des voleurs qui avaient emporté ses habits, quoiqu'il eût crié au voleur! de toute ses forces; le drôle les avait cachés sous une grosse pierre.

Le roi ordonna aussitôt aux officiers de sa garde-robe d'aller quérir un de ses plus beaux habits pour monsieur le marquis de Carabas. Le roi lui fit mille caresses, et comme les beaux habits qu'on venait de lui donner relevaient sa bonne mine (car il était beau

et bien fait de sa personne), la fille du roi le trouva fort à son gré, et le marquis de Carabas ne lui eut pas jeté deux ou trois regards, fort respectueux et un peu tendres, qu'elle en devint amoureuse à la folie.

Le roi voulut qu'il montât dans son carrosse et qu'il fût de la promenade. Le Chat, ravi de voir que son dessein commençait à réussir, prit les devants, et ayant rencontré des paysans qui fauchaient un pré, il leur dit:

«Bonnes gens qui fauchez, si vous ne dites au roi que le pré que vous fauchez appartient à monsieur le marquis de Carabas, vous serez tous hachés menu comme chair à paté».

Le roi ne manqua pas à demander aux faucheurs à qui était ce pré qu'il fauchaient:

«C'est à monsieur le marquis de Carabas», dirent-ils tous ensemble, car la menace du chat leur avait fait peur.

«Vous avez là un bel héritage, dit le roi au marquis de Carabas.

—Vous voyez, sire, répondit le marquis; c'est un pré qui ne manque point de rapporter abondamment toutes les années.»

Le maître Chat, qui allait toujours devant, rencontra des moissonneurs et leur dit:

«Bonnes gens qui moissonnez, si vous ne dites que tous ces blés appartiennent à monsieur le marquis de Carabas, vous serez tous hachés menu comme chair à paté».

Le roi, qui passa un moment après, voulut savoir à qui appartenaient tous les blés qu'il voyait.

«C'est à monsieur le marquis de Carabas», répondirent les moissonneurs; et le roi s'en réjouit encore avec le marquis. Le Chat, qui allait devant le carrosse, disait toujours la même chose à tous ceux qu'il rencontrait, et le roi était étonné des grands biens de monsieur le marquis de Carabas.

Le maître Chat arriva enfin dans un beau château, dont le maître était un ogre, le plus riche qu'on ait jamais vu; car toutes les terres par où le roi avait passé étaient de la dépendance de ce château.

Le Chat, qui eut soin de s'informer qui était cet ogre et ce qu'il savait faire, demanda à lui parler, disant qu'il n'avait pas voulu passer si près de son château sans avoir l'honneur de lui faire la révérence. L'ogre le reçut aussi civilement que le peut un ogre et le fit reposer.

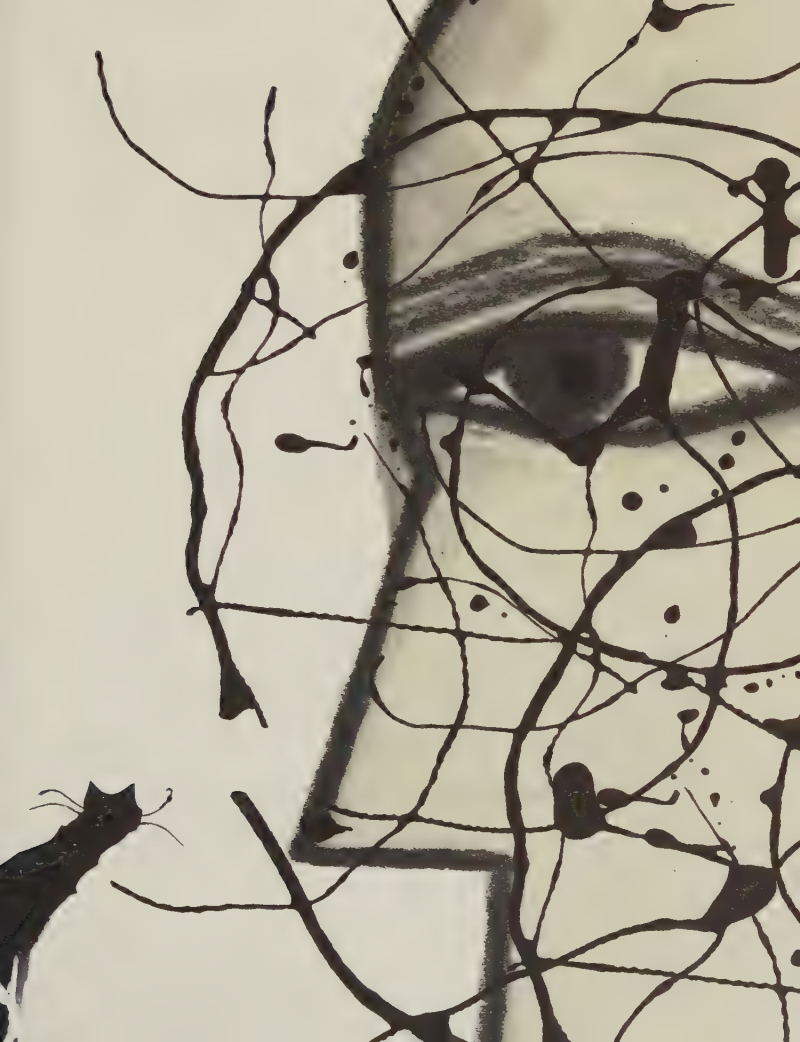
«On m'a assuré, dit le Chat, que vous aviez le don de vous changer en toutes sortes d'animaux; que vous pouviez, par exemple, vous transformer en lion, en éléphant.

—Cela est vrai, répondit l'ogre brusquement, et, pour vous le montrer, vous m'allez voir devenir lion.»

Le Chat fut si effrayé de voir un lion devant lui, qu'il gagna aussitôt les gouttières, non sans peine et sans péril, à cause de ses bottes, qui ne valaient rien pour marcher sur les tuiles.

Quelque temps après, le Chat, ayant vu que l'ogre avait quitté sa première forme, descendit et avoua qu'il avait eu bien peur.

«On m' assuré encore, dit le Chat, mais je ne saurais le croire, que vous aviez aussi le



pouvoir de prendre la forme des plus petits animaux, par exemple de vous changer en un rat, en une souris; je vous avoue que je tiens cela tout à fait impossible.

—Impossible! reprit l'ogre; vous allez voir.»

Et en même temps il se changea en une souris, qui se mit à courir sur le plancher. Le Chat ne l'eut pas plus tôt aperçue, qu'il se jeta dessus et la mangea.

Cependant le roi, qui vit en passant le beau château de l'ogre, voulut entrer dedans.

Le Chat, qui entendit le bruit du carrosse, qui passait sur le pont-levis, courut au-devant et dit au roi:

«Votre Majesté soit la bienvenue dans ce château de monsieur le marquis de Carabas!

—Comment, monsieur le marquis, s'écria le roi, ce château est encore à vous! il ne se peut rien de plus beau que cette cour et que tous ces bâtiments qui l'environnent; voyons les dedans, s'il vous plait.»

Le marquis donna la main à la jeune princesse, et suivant le roi, qui montait le premier, ils entrèrent dans une grande salle, où ils trouvèrent une magnifique collation que l'ogre avait fait préparer pour ses amis, qui le devaient venir voir ce même jour-là, mais qui n'avaient pas osé entrer, sachant que le roi y était.

Le roi, charmé des bonnes qualités de monsieur le marquis de Carabas, de même que sa fille, qui en était folle, et voyant les grands biens qu'il possédait, lui dit, après avoir bu cinq ou six coups:

«Il ne tiendra qu'à vous, monsieur le marquis, que vous ne soyez mon gendre».

Le marquis, faisant de grandes révérences, accepta l'honneur que lui faisait le roi, et, dès le même jour, il épousa la princesse. Le Chat devint le grand seigneur, et ne courut plus après les souris que pour se divertir.

Esta edición de *El gato con botas,*
compuesta en tipos Bembo 13/17 sobre papel
offset Munken Pure de 135 gramos, se acabó de
imprimir en Lizarra el día 10 de noviembre
de 2011, aniversario del nacimiento de
Fiódor Dostoyevski

GARFIELD COUNTY
LIBRARIES
0613

colecciónilustrados

Ediciones ilustradas de textos fundamentales de la Literatura para todas las edades

Títulos recientes:

31. Vanity Fair
Graydon Carter / Robert Risko

30. La noche
Guy de Maupassant / Toño Benavides

colecciónotraslatitudes

Clásicos de la literatura universal, recuperados por su relevancia cultural

Títulos recientes:

27. La gente corriente de Irlanda
Flann O'Brien

26. Mary; Maria / Mathilda
Mary Wollstonecraft / Mary Shelley

colecciónletrasnórdicas

Los autores y obras más representativas de la literatura de los países nórdicos

Títulos recientes:

24. Deshielo a mediodía
Tomas Tranströmer

23. La habitación muda
Herbjørg Wassmo

www.nordicalibros.com

GARFIELD COUNTY LIBRARIES
1 22 0004890613

«Un molinero dejó por toda herencia a sus tres hijos su molino, su asno y su gato. El reparto se hizo enseguida; no se llamó ni al notario ni al procurador, pues se habrían engullido todo el humilde patrimonio. El hijo mayor se quedó con el molino, el mediano con el asno y el menor solo con el gato...»

ISBN 9788492683673
9 788492 683673
US $15.00
CAN $17.00
5 1 5 0 0